

RESUMEN POR ACTOS DE LA CASA DE BERNARDA ALBA

Acto Primero

El primer acto nos sumerge en la atmósfera sofocante y lúgubre de la casa de Bernarda Alba, instantes después de finalizar el funeral de su segundo esposo. El sonido incesante de las campanas, que resuena con fuerza en el interior de la casa, marca el inicio de un luto riguroso de ocho años impuesto por la matriarca. Bernarda, vestida de negro riguroso y con un bastón que simboliza su autoridad, reúne a sus cinco hijas: Angustias, la mayor, de 39 años, fruto de su primer matrimonio; Magdalena, sumida en la tristeza por la pérdida de su padre; Amelia, la más tranquila y reservada; Martirio, que esconde un profundo resentimiento; y Adela, la menor, de 20 años, llena de vitalidad y ansias de libertad.

Desde el inicio, Bernarda deja clara su férrea voluntad de aislar a sus hijas del mundo exterior: "En ocho años que dure el luto, no ha de entrar en esta casa el viento de la calle". Este encierro forzado, sumado a la prohibición de cualquier contacto con hombres, crea un ambiente de tensión y frustración entre las hermanas, que anhelan la libertad, el amor y la posibilidad de formar sus propias familias.

La llegada de las mujeres de luto a la casa, con sus vestidos negros y sus abanicos, pone de manifiesto la hipocresía y las murmuraciones que caracterizan a la sociedad del pueblo. A través de sus comentarios, se revela la verdadera opinión que se tiene de Bernarda: una mujer autoritaria, orgullosa y despreciativa. Bernarda, consciente de las apariencias, se esfuerza por mantener una imagen de decencia y rectitud, pero sus acciones revelan su carácter déspota y manipulador.

La Poncia, criada de la casa durante 30 años, es la confidente de Bernarda y la única que se atreve a cuestionarla. Con su experiencia y sabiduría popular, advierte a la matriarca sobre la necesidad de que sus hijas se casen, especialmente Angustias, que ha heredado una considerable fortuna de su padre. Bernarda, rechaza con altivez la idea de que sus hijas se unan a cualquier hombre del pueblo, a los que considera inferiores. "No hay en cien leguas a la redonda quien se pueda acercar a ellas", afirma con arrogancia.

La aparición de María Josefa, la madre de Bernarda, con flores en el pelo y pidiendo su gargantilla de perlas para casarse con un hombre "de la orilla del mar", introduce un elemento de locura y rebeldía en la obra. María Josefa, encerrada por su hija para evitar la "vergüenza", representa el anhelo de libertad y la crítica a la represión impuesta por Bernarda. Sus palabras, aunque incoherentes, son dardos que ponen al descubierto la triste realidad de la casa.

A pesar del luto, se revela que Angustias está comprometida con Pepe el Romano, un joven apuesto y ambicioso que ha despertado el interés de todas las hermanas. La fortuna de Angustias la convierte en un "buen partido", a pesar de su edad y su aspecto enfermizo. La rivalidad entre las hermanas, especialmente entre Angustias y Adela, la menor, se hace evidente, sembrando las semillas del conflicto.

El acto finaliza con Bernarda descubriendo a Angustias arreglada, con polvos en la cara, lo que desata su furia. La matriarca castiga a su hija por desafiar las normas del luto y la humilla públicamente. La violencia y la represión se imponen en la casa de Bernarda Alba.

Acto Segundo

La tensión en la casa de Bernarda Alba se intensifica en el segundo acto. Las hijas, sentadas en sillas bajas, cosen y bordan el ajuar de Angustias, mientras hablan sobre la próxima boda. La mención de Pepe el Romano despierta la curiosidad y los deseos ocultos de las hermanas. La Poncia, con su experiencia y sabiduría popular, les advierte sobre las dificultades del matrimonio y la importancia de la libertad, recordando su propio matrimonio apasionado que contrasta con la frialdad que se respira en la casa.

Adela, la más joven y rebelde de las hermanas, expresa abiertamente su amor por Pepe, desafiando las normas impuestas por su madre y proclamando su derecho a disponer de su propio cuerpo. "Yo hago con mi cuerpo lo que me parece", afirma con valentía. La Poncia, consciente de la pasión de Adela, le aconseja que espere, pues cree que Angustias, debido a su delicada salud, no sobrevivirá al parto. "Entonces Pepe hará lo que hacen todos los viudos de esta tierra: se casará con la más joven, la más hermosa, y ésta eres tú", le dice, intentando aplacar su impulso.

Martirio, consumida por los celos y la envidia, se debate entre sus propios deseos y la lealtad a su familia. La rivalidad entre Adela y Martirio se hace cada vez más evidente, con miradas furtivas, indirectas y amenazas veladas. La tensión entre ellas es un polvorín a punto de estallar.

La pérdida de un retrato de Pepe desata la ira de Bernarda, que busca a la culpable entre sus hijas. El retrato es encontrado entre las sábanas de Martirio, confirmando las sospechas de Adela sobre los sentimientos de su hermana. Bernarda castiga a Martirio con violencia, mientras que Adela y Martirio se enfrentan en una batalla verbal que deja al descubierto sus más profundos sentimientos.

Poncia, observadora incansable de la dinámica familiar, advierte a Bernarda sobre la situación en la casa, pero la matriarca se niega a escuchar, confiando en su autoridad y en la obediencia de sus hijas. "Aquí no pasa nada", afirma con rotundidad, ignorando las señales de la tormenta que se avecina.

La noticia de que la hija de la Librada, una mujer soltera, ha tenido un hijo y lo ha matado para ocultar su vergüenza, interrumpe la tensión familiar. La terrible historia de la hija de la Librada, una mujer soltera que ha tenido un hijo y lo ha matado para ocultar su vergüenza, conmueve a las hermanas y revela la crueldad y la hipocresía de la sociedad en la que viven. Bernarda, con su moral inflexible, incita al pueblo a acabar con la vida de la joven, mostrando su falta de compasión y su apego a las normas sociales. "¡Matadla! ¡Matadla!", grita con fervor, reflejando la brutalidad de un mundo que castiga sin piedad a quienes se atreven a desafiar las convenciones.

El acto culmina con un enfrentamiento entre Adela y Martirio, en el que Adela proclama su derecho a amar a Pepe y a ser feliz. "Aquí se respetan las paredes", le advierte Martirio, pero Adela responde con desafío: "¡Pues las romperé!". La tensión queda latente,

presagiando la tragedia que se avecina. La noche cae sobre la casa de Bernarda Alba, y con ella, la oscuridad se apodera de los corazones de sus habitantes.

Acto Tercero

El tercer acto nos sitúa en el patio interior de la casa de Bernarda Alba, durante una noche calurosa y oscura. Las paredes blancas del patio, iluminadas por la luz de la luna, contrastan con la oscuridad que reina en el interior de la casa, creando una atmósfera de misterio y presagio. Bernarda y sus hijas cenan con Prudencia, una vecina, mientras hablan sobre la próxima boda de Angustias. A pesar de la aparente calma, la tensión se palpa en el ambiente, como una tormenta a punto de desatarse.

Angustias, con un vestido de color malva que contrasta con el negro del luto, confiesa a su madre que Pepe se muestra distante y frío, y que teme que le oculte algo. Bernarda, incapaz de comprender los verdaderos sentimientos de su hija, le aconseja que no pregunte y que se limite a obedecer. "Lo que tiene que hacer una mujer decente es casarse con el hombre que le den", afirma con contundencia, reflejando la visión tradicional y represiva de la mujer en la sociedad.

Adela, sofocada por el calor y la tensión, sale al patio en busca de un momento de libertad, vestida solo con enaguas blancas y corpiño. Martirio, consumida por los celos, la sigue, dispuesta a enfrentarse a su hermana y a impedir que se encuentre con Pepe. La Poncia, con su intuición y experiencia, insiste en advertir a Bernarda sobre la tormenta que se avecina, pero la matriarca se mantiene firme en su negación, ciega a la realidad que la rodea.

María Josefa, la madre de Bernarda, vuelve a escapar de su habitación, esta vez con una oveja en brazos, representando la locura y la libertad reprimida. Sus palabras, aunque incoherentes, parecen presagiar la tragedia que se avecina. "Pepe el Romano es un gigante y se las devorará a todas porque son ¡ranas sin lengua!", exclama, aludiendo a la incapacidad de las hermanas para expresar sus verdaderos deseos y a la amenaza que representa Pepe para el frágil equilibrio de la casa.

Martirio enfrenta a Adela en el patio, exigiéndole que se aleje de Pepe. Ambas confiesan su amor por el mismo hombre, desatando una discusión llena de reproches, acusaciones y desesperación. "No te daré yo a Pepe, ¡clavada estaré en la puerta de mi casa con un cuchillo en la mano!", amenaza Martirio, mostrando la profundidad de sus celos. Adela, decidida a luchar por su amor, responde con valentía: "¡Ni tú ni nadie me quitará a Pepe!".

Martirio, cegada por la rabia y la envidia, llama a Bernarda y revela el encuentro clandestino entre Adela y Pepe. Bernarda, furiosa y humillada, toma su escopeta y dispara contra Pepe, que huye en la oscuridad. El disparo resuena en la noche, rompiendo el silencio y anunciando el trágico desenlace.

Adela, creyendo que Pepe ha muerto, se suicida en su habitación, ahorcándose con una cuerda. La muerte de Adela representa el triunfo de la opresión y la frustración sobre la libertad y el amor. Bernarda, fría e imperturbable, ordena que se oculte la verdad y que se diga que Adela ha muerto virgen, manteniendo las apariencias a toda costa. "¡Mi hija ha

muerto virgen! ¡Nadie dirá nada!", exclama con firmeza, imponiendo su ley del silencio y negándose a reconocer la realidad.

La obra termina con Bernarda imponiendo su ley del silencio, una metáfora de la opresión y la hipocresía que continuarán reinando en la casa y en la sociedad. La tragedia de Adela es un recordatorio de las consecuencias de la represión y la falta de libertad, y un llamado a la rebeldía contra las normas que coartan los deseos y las aspiraciones individuales.